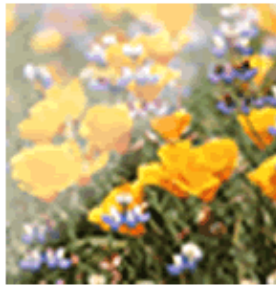


Mundo Distinto
Impresiones de esta vida
La prodigiosa invención
de la bicicleta hidráulica
López y Pérez
Test Psicotécnico
Iniksiin



Mundo Distinto...



y otros relatos

Leonardo A. Landín

Mundo Distinto y otros relatos– Leonardo A. Landín

PRÓLOGO

Estoy convencido de que el fenómeno de Internet y la digitalización de la información, a pesar de muchas contrariedades, no se va a detener, porque es una expresión de la evolución intelectual y espiritual humana. No quiero decir con esto que el papel vaya a desaparecer en diez años, ni mucho menos. Sin embargo, son tantas las posibilidades de inmediatez y llegada de lo digital, que envíé este libro a recorrer el mundo en formato PDF. La obra es una recopilación de cuentos realizados entre 1981 y 2003. "Mundo Distinto" fue uno de los primeros cuentos que envié a un Concurso literario, según mi recuerdo, del desaparecido diario "El Día", y vino a dar título a esta obra, por justa causalidad.

Encontrarás en "Mundo Distinto y Otros Relatos" cuentos de diversa temática: algunos de realismo impresionista (Impresiones De Esta Vida), otros encuadrados en un realismo fantástico (Mundo Distinto, La Prodigiosa Invención de la Bicicleta Hidráulica, Test Psicotécnico), otros de ciencia ficción (López y Pérez), e incluso uno infantil (Iniksiin).

Inicio entonces una nueva etapa en este camino literario. Actualmente estoy escribiendo una novela, "La Magia de Vivir", y pienso publicarla también en formato digital, sin perjuicio de una posible impresión en papel de ambas obras.

Montevideo, Junio de 2003.

Leonardo A. Landín.

Se han resaltado en azul, sin subrayar, los enlaces internos de la obra, incluyendo los correspondientes al [Índice](#). No se han realizado enlaces externos de ningún tipo. (Recuerda "ir a vista anterior" –habitualmente, flecha izquierda ubicada debajo del comando "Ayuda" del menú de Acrobat Reader –después de haber seguido algún enlace, si deseas volver a lo que estabas leyendo).

MUNDO DISTINTO

CIUDAD

Estaba cerca de una urbe considerablemente poblada, famosa por su actividad comercial. El progreso le trajo una calle principal asfaltada, entroncada con la ruta, y un cartel: CIUDAD. Población: 10.000. Altitud sobre el nivel del mar, 50 metros.

Era, a pesar de las apariencias, un centro de interés turístico. En mucho mayor grado que Altavista o Palma. Sus habitantes solo hablaban lo indispensable, complementando sus monosílabos con gestos. Dos días determinados la ciudad quedaba desierta. Todo lo hecho para averiguar adónde se dirigía la gente, había sido infructuoso. Su inteligencia vencía a la más hábil de las maniobras. Por eso, el interés por llegar allí se renovaba de año en año. Cada quien esperando ser el descubridor del secreto.

Los visitantes menospreciaban otros espectáculos: la Catedral de San Román, con dos campanarios de distinta altura, el Museo, el Parque, las Sierras Morenas. Cual espías, sus cámaras acechaban constantemente a los pobres ciudadanos. No había quien viajase a la ciudad vecina, sin ser seguido por algunos curiosos.

Esta situación no provocaba la menor reacción de su parte. Se habían acostumbrado a vivir de esa manera extraña. Además, no todo el año era así. En el duro invierno, ningún turista osaba acercarse. La humedad constante, los vientos y el bajo cero...

Las luces del Centro se difuminaban, distantes, en la niebla. Antonio preparaba su golpe de efecto, el argumento preciso e irrefutable, capaz de resolver victoriosamente su discusión con Pedro. Eso último, ESO que había dicho, carecía de un elemento importante, lo que precipitaba su "ruina".

Pedro le negó esa pequeña satisfacción:

MUNDO DISTINTO

–Me doy por vencido. Tu capacidad dialéctica no tiene límite. Solo por esta vez, ganás.

–Me alegro que reconozcas la debilidad de tu argumento, estimado.

–Igualmente, no importa. Quería contarte algo. Tengo pensado visitar Ciudad, ese lugar donde la gente no habla, y una vez al año...

–Sí, ya sé. Fui una vez, y, te aseguro, no repetiré la experiencia ¡Pobre gente! Partía el alma verlos asediados por los fotógrafos.

–Eso me intriga.

–¿La curiosidad de la gente? Quieren ver algo distinto, son capaces de recorrer medio mundo para ver algo que los divierta o los saque de sus problemas por un rato.

–Al decir "me intriga" quise dar a entender mi interés por el fenómeno humano en esa región.

–¿Fenómeno humano? Dejalos vivir a su aire. Tendrán sus motivos y su sentido de la vida... y... no estamos autorizados a...

Pedro fue a la agencia turística, donde le aclararon los detalles del viaje:

–En Ciudad no hay hoteles. Puede alojarse en alguno de Altagracia.

Volvió a leer el folleto: "hermosa vista de la Catedral" ... "Ciudad desierta" ... "vista desde las sierras" ... información sobre su origen, y algunos acontecimientos de su historia, como la batalla de Cerro Grande o la gesta liberadora de Fontes. Ni una palabra sobre la manía de sus habitantes (si es que de eso se trataba).

Había imaginado toda suerte de explicaciones: una sociedad secreta que se reúne una vez al año para celebrar un ritual, una familia de seres dotados de facultades telepáticas, y otras no menos fecundas o delirantes. Recordó sus frecuentes lecturas sobre ciudades perdidas en el tiempo; sin embargo este misterio asentado sobre la dura tierra, visible y vivo, era otra cosa.

Antonio no comprendería nunca su afán por acercarse a esa gente. Para él eran personas con las que no había que meterse, y punto. No entendía que su actitud difería esencialmente de la de aquellos turistas: quería sumergirse en ese clima y

aprender de ellos su inusual estilo de vida.

El tren se acercaba rápidamente a Altagracia.

Después de dejar sus cosas en el hotel, Pedro dedicó cierto tiempo a recorrer Altagracia: su punto fuerte era el comercio. Como toda ciudad de frontera. Su aspecto cambiaba en las cercanías del río Azul: callejuelas angostas, empedradas, casas antiguas, algunas majestuosas, otras aludiendo con cierta dignidad a mejores tiempos. El río, un espectáculo aparte, orillas arenosas, aguas límpidas (por esos tiempos era un delito ensuciar el agua, ni hablar del vertido de residuos industriales). De allí se obtenía el agua potable para varias poblaciones de la comarca, Ciudad incluida. Pedro vio pescadores de rostros serios, niños, mujeres. Todos participaban de una forma u otra en una labor colectiva que parecía no haber cambiado en siglos.

Esa noche, en el hotel, estudió la situación. "Nadie jamás los vio irse. Los curiosos montan guardia rodeando la Ciudad por todos lados. Solo queda una posibilidad".

Resueltamente, caminó por la ruta iluminada por los primeros rayos del sol. La hora en que todo comienza, se decía... se sentía un explorador. El cielo y las sierras se distinguían ahora claramente. Respiró hondo. Avanzó hasta el final de un repecho. Se sentó en el pasto, junto a un árbol.

Desde ahí se veía, más hermosa que en las fotos. Un lugar donde todo se había detenido, hasta las palabras.

Por la ruta se acercaba otro caminante. Pronto llegó hasta la cima de la colina.

—¿De paseo?

—No exactamente. En realidad vengo a descubrir el secreto de esta gente. La verdad oculta, el sentido cósmico de todo esto, tal vez, es lo que estoy buscando.

El caminante tomó una piedrita y, mientras la tiraba al aire rítmicamente, le dijo:

—Esta piedrita es el Cosmos: venerable, sagrada, diré. Antes que el género humano subiera en este mundo, ya estaba. Aquí, allá, quién sabe, formando parte de un conjunto, hasta que se fragmentó. Sin embargo, hacía falta que estuviésemos tú y yo para hablar sobre la piedrita, para darle nombre e historia, para darle sentido.

—¿Usted vive aquí?

–Sí, hace años llegué con Matilde a dar clases en el Instituto, y aquí nos quedamos. Si quiere puede quedarse unos días con nosotros. Me llamo Rogelio, Rogelio Almirón.

–Pedro Benítez. Gracias por la invitación, pero... ¿por qué confía en mí? podría ser un periodista más, un curioso, alguien en busca de emociones...

–La confianza no se explica. Para mí, por lo menos, la confianza no empieza en las palabras. Debe ser porque estoy acostumbrado a observar, simplemente, en silencio. Puedo equivocarme, me arriesgo. Sé que no me defraudarás. Por otra parte, por si te interesara saberlo, aquí no hay riquezas que se puedan robar, ni fórmulas que se puedan comercializar.

Finalmente llegaron a Ciudad. Recorriendo la calle principal, se cruzaron con algunos transeúntes. Estos no parecían fijarse en él. Frente a la Plaza, estaba el Instituto. Rogelio vivía en una casa contigua.

Entraron. Le presentó a su esposa, dispusieron una pequeña habitación para él.

Por la noche, después de la cena, Rogelio le dijo:

–Cuando llegamos aquí, ya habíamos oído de las particularidades del lugar; eso no nos quitaba el sueño, si bien sabíamos que nuestra tarea docente tenía que ver con... eso. Un día, mientras intentaba ordenar las cosas en el sótano, vi que detrás de un viejo armario, sobresalía una línea de ladrillos diferentes al resto, como si hubiese una puerta, luego clausurada. Con esfuerzo, logré retirar el pesado mueble. Picado por la curiosidad, resolví abrir un boquete en la pared, tratando en lo posible de quitar los ladrillos enteros, por si me veía obligado a colocarlos nuevamente. Así lo hice, y me resultó muy fácil. Descubrí una puerta de hierro medio oxidada. Tenía un pasador, solamente, sin cerrojo. Al otro lado, oscuridad. Fui a buscar una linterna... me adentré en un túnel bien construido. Habré recorrido unos cincuenta metros... el pasaje desembocaba en un amplio salón circular, de techo abovedado. En las paredes se abrían puertas rectangulares o redondeadas, correspondientes a otros tantos túneles, excepto en un sector que ocupaba una gran puerta, de un metal indefinible, como de ocho o nueve metros de alto.

–Y eso, ¿con qué fin se...?

–Mañana lo descubrirás. Es veintiuno de marzo, el primer día de la Ciudad desierta.

Al otro día, Pedro, Matilde y Rogelio estaban frente al túnel. Entraron, lo recorrieron casi hasta el final, para no ser vistos. De todos los pasajes llegaban

MUNDO DISTINTO

mujeres, hombres, niños. Los siguieron a cierta distancia.

Uno de ellos, muy anciano, vestía una amplia túnica y parecía tener autoridad sobre todos. Les habló, rompiendo el silencio más espeso...

–Hoy comienza el intercambio. Decidirán dónde quieren permanecer.

Abrió la puerta. Un poderoso haz de luz azul irrumpió en el salón, que era mucho más grande de lo que parecía. Pronto se hizo más intenso...

TODO desapareció. Se encontraron en medio de una explanada, iluminados por una luz puramente anaranjada. A lo lejos se divisaban ríos, ciudades, montañas, en un resplandor como de atardecer eterno. El lugar concentraba... como un ... collage, tiempos y regiones diferentes, en un ensamblaje de espacios que los ojos de Pedro no podían terminar de integrar en una única visión coherente. Se acercaba un grupo numeroso. Unos de túnica, otros de trajes enterizos que a Pedro le parecieron equipos deportivos. Vestidos de todas las épocas y culturas, otros totalmente indefinibles. Mujeres, hombres, niños, de todas las razas. A una señal del anciano, muchos, la mayoría, avanzaron, intercambiándose uno a uno, uno por uno...

Rogelio le instó a seguirlo, hablándole al oído.

–Vamos a explorar uno de los caminos. Hay que apresurarse, si no la puerta se cerrará.

Caminaron por una estrecha senda, llegando a una especie de agujero nítidamente perfilado en ese espacio. Del otro lado, había una ciudad. Se veían altas torres cilíndricas, con la materialidad indiferente de cualquier ciudad, unidas a gran altura por tubos transparentes. Naves esféricas, brillantes, surcaban el cielo velozmente...

–Volvamos.

Al otro día, Pedro se despidió de sus amigos.

–¿Vas a volver?

–Sí, algún día.

–Serás bienvenido siempre, sea cuando fuere "algún día".

Después de caminar unos pasos, se da vuelta y les pregunta:

MUNDO DISTINTO

–¿Por qué a mí?

Matilde le responde:

–No siempre hay un por qué. Pero en este caso, si lo hubiese, tendría que ver con tu visión transparente del mundo, con tu evidente buena intención.

Han pasado otros años. Ciudad ya no es asediada por los turistas, cansados de no poder develar el misterio.

Pedro lee el diario. Un titular llama su atención: hay una foto de Ciudad... "ha vuelto a ser noticia. Algunos vecinos de Altagracia, una población cercana, nos dieron esta primicia. Ciudad ha quedado desierta. La Razón ha destacado un equipo periodístico al lugar, para informarles más extensamente..." y recuerda a Antonio... que ya no podrá acompañarle, ni protestar jocosamente y negarse por esta vez. Ya no.

El sendero se hacía largo bajo la llovizna. Y la colina parecía mucho más empinada... o serían los años...

La misma calle desierta, recorrida por un viento ululante y desolador. La misma casa, las puertas abiertas... allá abajo, en el sótano, no sobresalía ninguna fila de ladrillos. La pared había sido cuidadosamente revocada, y de eso debía hacer tiempo, mucho tiempo. De pronto, algo, una leve sombra en el rabillo de su ojo izquierdo, llamó su atención y giró la cabeza: en medio de la pared blanca, había una inscripción:

1984

Te esperamos

R. y M.

En Montevideo, julio de 1982.

MUNDO DISTINTO

(espero recordarlo fielmente)

El mundo parecía distinto la última vez que conversé con el Viejo. Caminábamos por la playa, en la paz del atardecer. Los caseríos, allá adelante, más allá de la caleta, se teñían de un anaranjado cada vez más pálido.

Se sentó cerca de la orilla, tomando un puñado de arena y dejándolo escurrir de a poco entre los dedos.

– Antonio, anoche, creo que después de pasar esa racha de viento fuerte, tuve un sueño lindo y raro al mismo tiempo. Estaba cansado de tanto andar por un desierto de arenas muy blancas. Sabía que alguien iba cerca de mí, pero no podía verlo. De pronto aparezo en un palacio alto, tanto que el techo no se veía; de un pasaje enladrillado que quedaba a mi derecha, empiezan a salir unos bueyes mansos, en gran cantidad, como treinta o más. Entonces me desperté, y no pude volver a conciliar el sueño en toda la noche.

–Ojalá supiese interpretar los sueños, porque con este, tendría un buen trabajo –dije, un poco en broma.

–No te rías, porque para comprender lo que te voy a decir, tenés que estar bien serio. Estoy bastante viejo, no creo que viva mucho más. Pero antes que llegue ese momento, quiero dejarte algo como herencia. Todo hombre tiene algún secreto, yo no iba a ser la excepción. Tomá, guardalo, pero no lo abras mientras viva.

Me dio un paquetito envuelto en papel de panadería. Se hizo un hondo silencio, no supe qué decir. Luego me despedí de él "hasta la próxima".

Como no era temporada de playas, tuve que caminar varias cuadras hasta la parada del ómnibus. Me encontré con Alcides, que venía del trabajo. Hablamos de amigos comunes.

El lunes de mañana fui al Centro a hacer un trámite. Estaba un poco fresco, el cielo límpido, intensamente azul. Me sentí feliz por vivir en mi ciudad. Caminé dos cuadras, llegué frente al edificio de oficinas, entré sin encontrar a nadie, el ascensor estaba en planta baja, subí y toqué el número cinco. En el instante en que empezó a moverse, sentí una indecible opresión en el pecho. Tuve que volver a planta baja... corrí a la parada del ómnibus que va a esa playa.

El viaje se me hizo eterno, no pude pensar en nada concreto. Parecía un autómata.

Al llegar a los caseríos, lo que parecía absurdo cobró sentido. En la casita del Viejo había varios vecinos y allí, en la pieza, estaba él, ya ajeno a este mundo, con una expresión calma, como dormido. Unos parientes se habían hecho cargo de todo. Después del impacto inicial, pude cambiar algunas palabras con su hermano menor. Me explicó que le había dado un ataque al corazón, hablamos cosas de él, los "parece mentira, vendía salud"... "pero si el otro día estuve charlando con él"...

Recordaba lo que decía: "cuando me vaya, no me lloren. Miren siempre adelante".

Al volver a casa, encontré una carta de Venezuela, firmada por mamá, papá, Román y Verónica. Me enteré de las últimas noticias: tu hermano cambió de trabajo... mamá extraña horrores... Pensé si había hecho bien aceptando que también mis padres se fueran, si no habría podido hacer algo...

Recordé el paquete aún sin abrir. Lo saqué del cajón del escritorio. Apesadumbrado, lo desenvolví. Contenía simplemente un papel y una llave. El papel, amarillento por el tiempo, era un plano, y decía: "Ubicación de la gruta". Lo estudié bien: la "gruta" estaba, al menos en el plano, relativamente cerca de la ruta, en unas sierras.

Me informé acerca de la línea que pudiera dejarme más cerca del lugar. Preparé la mochila con todo lo necesario, ante la eventualidad de tener que quedarme y esperar varias horas por el ómnibus de regreso. Llevaba conmigo la carta para Venezuela, para dejar en el Correo, de pasada. El martes estuve en el almacén con Guido, el socio de Román y mío. Estaba trabajando con su hija, normalmente; consideré que podía prolongar mi licencia unos días más. Compré un pasaje para salir en la madrugada del miércoles y puse la carta en el Correo de Dieciocho, en el Cordon.

Mientras hacía todo eso, pensaba si realmente existiría la tal gruta. ¿No sería una invención del Viejo? Pero no era posible que me mintiese, siendo como era.

Al otro día, muy de madrugada, subí al ómnibus. Estaba ocupada más o menos la tercera parte de los asientos. Hablé con el guarda para que me avisase en el lugar, y me miró como pensando... qué hay ahí, si es un desierto ese tramo de la ruta... no pudo resistir y me preguntó.

—¿Qué va a hacer por esos parajes?

—Voy a hacer una exploración de la zona, soy geólogo...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

